

Tierra de centaurus

La planicie era áspera. En medio de los pedruscos, la nube de polvo ascendía, según llegaban los animales: altas jirafas de ojos bucólicos; leones de greñas intensas; pavos reales de colas azules y párpados tristes; lémures, que son como fantasmas de la noche; águilas dominadas por casullas; asnos negros con filamentos blancos; felinos de orejas agudas y colmillos despóticos; equinos sofocados por la prisa; pájaros que imitaban las voces humanas; armadillos de corazas sin brillo; palomas, dispuestas en jaulas re-

cién construidas, a lado de cuervos separados por el viento... Toda clase de bestias que parecían haber sido arrastradas desde lugares ignotos.

Arriba, en el peñasco, observaban el espectáculo hilarante un grupo de centauros, que tenían –como se sabe– cabezas de hombres y guedejas de oro y que eran violentos y libidinosos, propensos al vino y a la carne severa. Se sabían engendrados de actos de lujuria, en el reino de los lapitas. Las nubes se habían arremolinado en el horizonte y ya caía la tarde.



Expreso móvil

Cerca, se encontraba la burra de Balaam, que profería indicaciones en un lenguaje dulcísimo al caballo frigio Men, con patas humanas. Más atrás, cerca de una piedra, estaba el Minotauro, con su cabeza de toro y conocido también como Asterios, en relación a las estrellas. El animal, como si estuviera en el centro de un laberinto, parecía ensimismado. Había llegado sin prisa, como también los unicornios, con sus cuernos erectos y únicos en mitad de la frente, que sanaban todas las heridas, aunque eran esquivos y se escondían en los bosques.

Eran seres excelsos evocados en sagas antiguas. Sus cunas ilustres estaban emparentadas con los dioses. Por eso, se acercaron a mirar –acaso con soberbia- hacia el descampado, dominado por elevaciones de rocas. Se sintieron seguros, estos animales fantásticos de cascos relucientes, a pesar de las nubes aciagas.

Abajo, las bestias vulgares se arremolinaban sin orden. Iban en parejas y entraban torpemente a una embarcación amorfa, construida en medio del desierto. Los de

arriba, no dejaron de sorprenderse y hubo quienes no pudieron evitar burlarse, de una nave repleta de animales insignificantes.

Una lluvia, una perversa lluvia, comenzó a caer mojando sus magníficos pelambres.

Del libro *Tierra de centauros*

El pájaro de Perugia

Antonioni da Luca guardaba una imagen: el vuelo rasante de un gorrión entre sus manos de niño. Ahora, a los cincuenta años era un hombre que conservaba en sus ojos miles de horizontes, atiborrados de bandadas en pos de un sol tenue.

El embrujo del vuelo de las aves era motivo suficiente para prolongar su vida. Tras estudiar los planos aéreos de Leonardo da Vinci se convenció de que algún día los seres humanos podrían volar. Nadie le creyó.

Antonioni, huyó de Perugia cuando los parroquianos lo descubrieron batiendo sus brazos en el campa-



Expreso móvil

nario. Tenía atadas veintitrés palomas a su cuerpo y una mirada de ángel del infortunio en sus ojos de almendras.

Desde ese día tuvo cuidado de sus experimentos. Por eso, en el invierno de 1558 se escabulló de Glasgow a las costas escocesas para mirar si aún quedaban aves que no pudieran migrar. En medio de su soledad no halló vestigios de plumas de cigüeñas entre la hierba mojada. De regreso, en medio de la niebla, recordó la leyenda de Ícaro que construyó sus alas y fijó las plumas con cera para escapar. El sol lamió esas comisuras cuando Ícaro revoloteó en su torno.

No lo resistió más. Se procuró otro sendero y llegó hasta un acantilado. A lo lejos, el rumor del mar ascendía hasta su pecho. Abrió los brazos y rezó una oración impalpable. La bruma golpeó su cara. Tomó impulso y se lanzó al vacío. En el vértigo de la caída comprendió que los dioses no habían olvidado a su aéreo hijo: en el dedo meñique, de su mano izquierda, comenzó a crecerle una pluma...

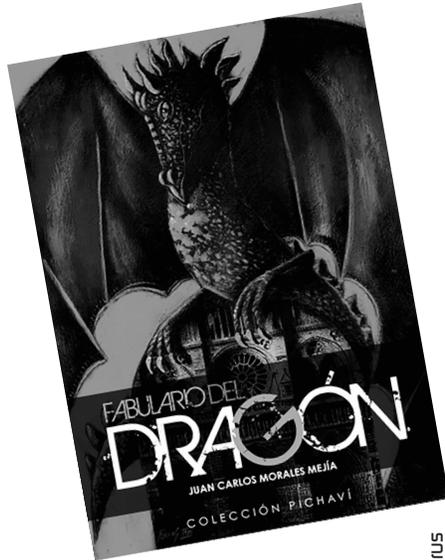
=====

Expreso móvil

Del libro *Fabulario del dragón*

La cucaracha domada

Cuando la cucaracha despertó, después de un sueño más bien tranquilo, creyó haber soñado en un escritor llamado Gregorio Samsa quien había creado un alter ego en un tal Fran Kafka, que supuestamente habitaba en la calle Niklas, en Praga.



Del libro *Circus*

El resplandor

Un poeta sueña
en su amada
bajo la luna nómada,
ese instante es más eterno
que el resplandor
de miles de espadas
en el campo de batalla.



La muralla

Un beso suyo
y se desmorona
todo el Imperio

Monte Fuji

No diviso las luces
del Imperio
desde la montaña.

Frente a la sirena

Antes del naufragio,
como una estela,
el resplandor de tus ojos.

* **Juan Carlos Morales Mejía.** 1967, Ibarra, Ecuador, es autor del libro de literatura fantástica *Fabulario del dragón* –ilustrado por José Villarreal y antes por Jorge Porras– o de la serie de micro poemarios *El poeta y la luna*, *El poeta y el mar*, *El poeta y la amada*... Con una veintena de títulos como *Tierra de centauros*, *Los dioses mágicos del Amazonas*, *Graffiti*: en clave azul (tesis de pregrado), Quito en tiempo de campanas, dirige el proyecto *Mitologías de Ecuador*.

Es magíster en Cultura y posee una especialización en Historia del Arte, por la Universidad Andina Simón Bolívar, comunicador social por la Facultad de Comunicación Social, FACS, de la Universidad Central del Ecuador, Quito. Es historiador, ensayista fotógrafo, pero se define como poeta. Autor de literatura infantil *Animalanzas* (ilustrado por Eulalia Cornejo), también ha musicalizado textos de Borges, Huidobro, Vallejo, Whitman, Dávila Andrade, Carrera Andrade y sus propias creaciones.
<http://juancarlosmoralessmejia.blogspot.com>